LAS SUEGRAS

LAS SUEGRAS

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

FRANCISCO DE TORRES

Estrenado por la *Compañía Villagómez* en el TEATRO PRINCIPAL de San Sebastián, la noche del 8 de Febrero de 1907

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1907

A Ernesto Pereda y Gandía

en testimonio de una grande y sincera amistad,

Francisco de Torres.

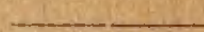
REPARTO



PERSONAJES	ACTORES
	
CONCHITA (18 años)..........	Srta. Alvarez Segura.
DOÑA ROSA (60 íd.)..........	Sra. Gil.
CONSUELO (25 íd.)...........	Srta. Infiesta.
PEPITO (20 íd.)...............	Sr. Agudín.
DON ADELARDO (60 íd.)......	Sr. Zama.



La acción en Sevilla.—Época actual



Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Comedor bien decorado, con dos puertas al foro (una á cada extremo) y otra lateral derecha, primer término. En el centro de la escena una mesa preparada para comer; y pendiente del techo, una lámpara eléctrica que ilumina espléndidamente la mesa.

ESCENA PRIMERA

CONCHITA y PEPITO, sentados uno enfrente del otro

PEP. (Muy regocijado.) ¡Vaya si tiene razón don Adelardo! El que no se casa, ignora lo que es la felicidad.

CON. ¿Lo dices de veras, Pepito?

PEP. ¡Claro que sí! Hoy no me cambiaría por el hombre más feliz de la tierra.

CON. ¿De modo que nada te impacienta?

PEP. Nada.

CON. ¿Y crees que siempre te sucederá lo mismo?

PEP. (Muy amoroso.) Mientras te tenga á mi lado, siempre, ¡siempre!

CON. ¡Dios te oiga, Pepito, Dios te oiga!

PEP. Parece que pones en duda nuestra felicidad.

CON. Sí que la pongo.

PEP. ¿Y en qué te fundas, vamos á ver?

CON. En que si de novios reñíamos todos los días, de casado ocurrirá lo propio. Como tienes ese carácter...

PEP. Es que nuestras riñas de novios no eran por mi carácter, sino por el de tu señora mamá.

CON. (Contrariada.) ¡Ya pareció aquello!

PEP. No me negarás que tienes una madre, que... ¡vamos, que tienes una madre!

CON. Pues tú tampoco eres de la inclusa; porque también tienes una madre, que Dios te la conserve.

PEP. (Riendo.) Bueno; resulta que ninguno de los dos somos huérfanos de madre, ¿no es eso?

CON. Sí, ríete. Tú con tomarlo todo á broma, sales del paso.

PEP. Pero, vida mía, ¿no hemos quedado en que por esto no volveríamos á reñir? Estamos de acuerdo en que nuestras respectivas mamás son insoportables, y, por tanto, ninguna de las dos entrará en esta casa.

CON. Es que para mí eso es un terrible sacrificio, porque yo quiero á mi madre con delirios.

PEP. ¡Toma! Y yo quiero con locuras á la mía.

CON. No es lo mismo. Las mujeres no tenemos el corazón tan duro como los hombres. (Con pena.) ¡Ay, mi madre de mi alma!

PEP. (Molesto.) ¿Vamos á volver á las andadas?

CON. (Sin hacerle caso.) ¡Pensar que no podré verte!

PEP. Me parece que entre tu madre y yo... ¿Es que estás arrepentida de haberte casado?

CON. (Repentinamente.) No; eso no.

PEP. ¿Pues entonces...? Nada. (Subrayando la frase.) Ni tu suegra ni mi suegra entrarán en esta casa. ¡Bastante las hemos sufrido en los tres años que han durado nuestras relaciones!

CON. Tienes razón. ¡Qué ratos hemos pasado!

PEP. No quiero ni acordarme.

CON. Tienes razón: lo mejor es olvidarlos todos.

PEP. (Con intención.) Todos no; algunos podemos recordar con gusto.

CON. ¡Pepito, Pepito... no seas malo!

PEP. (Risueño.) ¿Te acuerdas de aquel domingo de Piñata, que...?

CON. (Ruborosa.) ¡A ver si te callas, Pepito!

PEP. ¿Y de aquél Miércoles de Ceniza, en que...?

CON. (Con espanto.) ¡¡Pepito...!!

ESCENA II

Los MISMOS y CONSUELO

CONS. (Por el foro izquierda, con una fuente en la mano.) ¿He llegado á tiempo?

CON. (Disimulando.) Sí, hija, sí; muy á tiempo.

PEP. (Disimulando también.) Ahora mismo precisamente, hemos dado fin á la sopa.

CON. (Examinando el pescado que hay en la fuente que acaba de entrar Consuelo.) Este pescado no tiene muy buena cara.

CONS Eso es aprensión de la señorita.

PEP. A ver. (Huele el pescado.)

CONS. ¿Verdad, señorito, que está fresco?

PEP. No, señora; que no lo está. (Enfádase repentinamente y de un modo cómico.)

CONS. Pues el pescadero lo ha dicho.

PEP. La señorita sabe más que el mastodonte del pescadero.

CONS. Es que el pescadero...

PEP. (Interrumpiéndola.) El pescadero es un cernícalo.

CONS. Mire usted que...

PEP. (Idem.) Y usted se calla.

CONS. Bueno.

PEP. Y como vuelva usted á contradecir á la señorita, va usted á mudar de aires.

CONS Bueno.

PEP. Y sobre todo, no consiento que se le dé la razón al animal del pescadero.

CONS. Bueno.

PEP. Que de seguro es un animal.

CONS. Bueno.

PEP. Y váyase usted ya á la cocina.

CONS Bueno. (Mutis por donde salió.)

ESCENA III

CONCHITA y PEPITO

PEP. Me parece que me he portado bien.

CON. Te has portado muy mal. La pobrecita se ha ido llorando, y ahora resulta que el pescado está fresco.

PEP. ¿La llamo?

CON. No. Esto te pasa por meterte en lo que no te importa.

PEP. Pero, mujer, si tu...

CON. (No dejándole hablar.) Nada, nada. Yo no he visto nunca que todo un jefe de familia se ponga á reñir como si fuese un ama de llaves.

PEP. Mira, Conchita, me parece que te has levantado de mal humor.

CON. Eso es; ahora échame á mi la culpa. Tú eres el que estás inaguantable.

PEP. Pero, monína, ven acá; no te pongas así.

CON. ¡Déjame en paz!... Si no servías para marido, no haberte casado.

PEP. ¡Vaya! Menos mal que no hay gente delante.

CON. Razón tenía mamá cuando dijo que eras un seminarista .. y seminarista joven, que es peor.

PEP. Pues si yo te dijera lo que ahora anda diciendo de tí mi madre...

CON. Dímelo.

PEP. No.

CON. Que me lo digas.

PEP. Que no te lo digo.

CON. ¡Pepito..!

PEP. ¡Que no, ea! Pero señor... ¿á qué amargar nuestra lunita de miel?

CON. Es que...

PEP. En vez de recordar cosas tristes, recordemos las alegres.

CON. ¡Qué pocas han sido!

PEP. Pocas, por tu madre.

CON. Pocas, por la tuya.
PEP. Bueno. ¡Por las dos!... Ea, toma esta aceitunita. (Dándosela.) ¡Ajajá!
CON. (Agradecida.) ¡Por las dos!
PEP. ¡Viva la alegría y venga vino, mucho vino! (Llena de vino una copa grande y bebe.)
CON. No bebas tanto.
PEP. (Transición.) Oye, Conchita, este vino está aguado.
CON. Así no irrita.
PEP. Sí, pero...
CON. Y no consiento que me riñas por eso.
PEP. Pero si no te riño.
CON. En el vino se ve á la mujer económica. Me lo enseñó mi madre.
PEP. Pues bonita cosa te ha enseñado.
CON. ¿Te parece mal?
PEP. Al contrario; admirablemente. ¡Viva la economía! (Bebe otra copa.) Oye, Conchita, lo que me parece es que tiene poca agua.
CON. No, Pepito; ni tanto ni tan poco.
PEP. ¡Qué mujercita más arreglada tengo!
CON. Pues tú no sabes todavía lo mejor.
PEP. ¿Qué es lo mejor?
CON. Que con un litro de petróleo, se hacen cuatro.
PEP. (Con seriedad cómica.) Muy bien hecho.
CON. Y con un frasco de tinta, seis.
PEP. ¡Atiza!
CON. Anda, y eso no es nada.
PEP. (Con asombro.) ¿Aún sabes hacer mayores prodigios?
CON. (Con vanidad.) ¡Ya lo creo! (Pausa.) ¿Qué harías tú con unos pantalones que se te quedaran muy cortos, muy cortos? Vamos á ver, ¿qué harías?
PEP. ¡Toma! pues haría el ridículo.
CON. ¿Ves cómo no sirves para nada?... Pues se pueden hacer dos pares de manguitos para escribir, ó un justillo, ó tres aljofifas, ó varios limpiaplumas... ó venderlo á un trapero, si no quieres molestarte en hacer nada de esto.
PEP. ¡Bravísimo! Eres el genio de la economía.

(Suena una campanilla.) Llaman. Será don Adelardo.

CON. Seguramente.

PEP. ¡Qué buen señor; no falta ni un solo día!

CON. Oye, Pepito: ¿heredaremos á don Adelardo?

PEP. ¡Quién lo duda! Viudo sin sucesión, padrino de nuestra boda... (Vuelve á sonar la campanilla.)

CON. ¡Consuelo!

PEP. ¡Consueloo! (Ambos tocan con las cucharas en los platos.)

ESCENA IV

DICHOS y CONSUELO

CONS. (Por el foro izquierda. Trae en las manos una fuente con filetes.) Manden ustedes.

CON. ¿No has oído que están llamando?

CONS. Sí, señorita; pero estaba...

CON. (Interrumpiéndola.) ¡Estaba, estaba! Deja ya la fuente, y vete á abrir.

CONS. Voy. (Deja la fuente sobre la mesa, y vase por el foro derecha, con cara de resignación.)

PEP. ¿Hay café para don Adelardo?

CON. Sí.

PEP. Clarito, ¿eh? ¡clarito! que cargado quita el sueño.

CON. No; con don Adelardo no se deben hacer economías.

PEP. Tienes razón. Que no se hagan economías con don Adelardo.

CONS. (Por el foro derecha.) Señorito...

PEP. Que pase.

CON. Sí; que pase, que pase,

CONS. Si no es don Adelardo; es...

PEP. ¿Quién?

CON. ¿Quién?

CONS. La madre del señorito.

PEP. (Sorprendido.) ¡Mi...!

CON. (Espantada.) ¡¡Tu...!!

PEP (Vacilante.) Pues...

CON. (Con resolución.) Pues, nada; hay que respetar el pacto. Se le dice que no estamos en casa.

PEP. Considera, mujer, que la pobre hace seis días que no me ve. (Suplicante.) Deja que entre y...

CON. No, no; de ninguna manera.

PEP. Mira, tomará unos dulces y se marchará en seguida.

CON. ¡No hay dulces!

PEP. (Mimoso) Pero, Conchita, vida mía...

CON. ¡¡Que no, que no y que no!!

PEP. (Transición.) Bueno; pues... (Hecho un héroe, á Consuelo.) dígale usted á mi madre, ¿lo oye usted bien? ¡á mi madre! que no estoy en casa.

CONS. Está bien. (Vase foro derecha.)

PEP. No tengo perdón de Dios.

CON. Pero lo tienes de tu mujercita.

PEP. Me parece que me he portado.

CON. No has hecho más que cumplir una obligación que tenías contraída...

PEP. Sin embargo... creo que me he ganado un abrazo.

CON. Tómalo, y siéntate. (Se abrazan.)

PEP. Venga, y duro con la carne. (Reanudan la comida.)

CON. ¡Tu madre!... Bien merecido lo tiene. Lo menos que se figuraba ella, es que no hay más que poner motes. ¡Llamarme doña Salivilla! (Irritadísima á Pepe.) ¡¡Mira tú que yo doña Salivilla!!

PEP. ¡Mujer, por Dios; olvida todo eso! También tu madre me puso un mote.

CONS. (Por el foro derecha.) Señorito...

CON. ¡Que no entre, que no entre y que no entre!

CONS. No; si ya se fué. Pero se ha dado cuenta de que están ustedes aquí, y se ha ido llorando.

PEP. ¡Llorando! ¿Lo ves, Conchita?

CONS. Y me dijo que le digera al señorito Pepe, que no vuelva á acordarse del santo de su nombre, que parece mentira que haya hijos tan descastados.

PEP. Tiene razón.

CON. ¡Ah! Y que le diera recuerdos á doña Salivilla.

CON. ¿Lo ves, Pepito?

PEP. Mujer, ¿qué quieres que diga? Esto que hemos hecho es una atrocidad. ¡Tratar así á una madre!

CON. Que se fastidie. (A Consuelo.) Traiga usted los postres.

CONS. En seguida. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA V

CONCHITA y PEPITO

CON. ¡Doña Salivilla! ¡Llamarme doña Salivilla. (Indignadísima.) ¡¡Doña Cuerno!!

PEP. Puede que viniera á reconciliarse contigo.

CON. ¿Conmigo? ¡En la vida!

PEP. (Haciéndose fuerte.) Bueno; se acabó la presente historia. A lo hecho, pecho; ¡fuera penas! ¡A ser felices!

CON. No, Pepito; tú parece que estás pesaroso.

PEP. Quita, monina; por tí soy yo capaz de andar á cuatro patas.

CON. Todavía no te he pedido yo que hagas el burro.

PEP. Pues pídemelo, y verás.

CON. No, Pepito, ¡por Dios! ya sé que harás lo que te pida, pero el burro...

PEP. Pídemelo, mujer, no seas tonta, pídemelo.

CON. Vaya; no repitas las guilladuras que me decías en la reja.

PEP. (Recordando con gusto.) En la reja... ¡Bendita sea la reja!

CON. ¡Bendita sea!

PEP. ¡Qué ricamente lo pasábamos en ella!

CON. ¡Ay, qué ricamente! (Este suspiro es revelador de muchas cosas, y debe darlo la actriz con toda la gracia y picardía de que sea capaz.)

PEP. (Acompañando la acción á la frase.) Así... juntitos... muy juntitos... para beberme tu aliento.

CON. Y para que no te calara el agua de las macetas del balcón.

PEP. Es verdad; tu madre siempre tan oportuna: regaba sus tiestos á la hora de nuestra *pava*.

CON. ¡Y qué manera de regar!

PEP. Cuanto más fuego ponía yo en mis palabras, más agua ponía ella en sus macetas. ¡Aquello era el diluvio!

CON. Pero tú, sin hacer caso, seguías diciéndome cosas bonitas.

PEP. Y tu madre riega que riega.

CON. (Incomodada.) Riega que riega.

PEP. Hasta que se le pudrieron los claveles, que no habían nacido para ranas.

CON. En fin, gracias á Dios que estamos casados.

PEP. Y sobre todo, solitos...

CON. (Loca de alegría.) ¡Solitos! (Suena de nuevo la campanilla é interrumpe el idilio, colocándose como estaban cuando comenzó la escena.)

PEP. Ahora sí que es don Adelardo.

CON. (Llamando.) ¡Consuelo!

PEP. (Idem.) ¡Consuelo!

ESCENA VI

DICHOS y CONSUELO

CONS. (Saliendo por el foro izquierda, con los postres, que deja sobre la mesa.) ¿Qué mandan los señoritos?

CON. Anda, vé á abrir á don Adelardo.

CONS. Voy corriendo. (Mutis foro derecha.)

CON. Hoy nos invitará al teatro.

PEP. El pobre señor no sabe qué hacer con nosotros.

CON. Se le cae la baba mirándonos.

CONS. (Entrando.) La madre de la señorita.

PEP. (Sorprendido.) ¿Tu madre?

CON. ¡Mi madre!

PEP. (Con decisión, á Consuelo.) Dígale usted á esa señora, que esta casa está cerrada para ella; que se vaya por donde ha venido.

CON. A mi madre no se le echa de ese modo.

PEP. Antes hemos echado á la mía.

CON. Pero no de esa forma.

PEP. (A Consuelo.) Bueno; dígale usted que la señorita ha salido.

CON. No.
PEP. Sí.
CON. ¡Qué no! Dígale usted que pase.
PEP. Dígale usted que se vaya.
CON. ¡Qué pase!
PEP. ¡Que se vaya!
CON. (A Pepe.) ¡Mal corazón!
PEP. Puedes decir lo que quieras... ¿Llamarme á mi Chícharo verde? ¡Vamos, que no se lo perdono! (Pasea nerviosamente por la escena. Consuelo permanece como petrificada.)
CON. ¿Y á mí qué me importa que no se lo perdones?
PEP. Bueno; pues aquí no entra.
CON. Pues sí entra.
PEP. (Muy enérgico.) He dicho que no, y no será, ¡ea! ¡Se va á ver quien es el seminarista joven! Consuelo: ¡á la cocina!
CON. Consuelo: no se mueva usted.
PEP. ¡A la cocina he dicho!
CON. ¡Quieta! (Llaman fuertemente.)
PEP. Que rompa la campanilla.
CON. Abra usted.
PEP. ¡Ay de usted si abre! Aquí el amo soy yo.
CON. Y yo soy el ama.
PEP. ¡Doña Salivilla!
CON. ¡Chícharo Verde!
PEP. No me desesperes.
CON. Me da la gana.
PEP. ¡Rabanera!
CON. ¿Rabanera yo? ¡Toma! (Le arroja un plato.)
PEP. ¡Toma tú! (Le arroja dos.)
CON. ¡Ay! ¡Granuja!... ¡sinvergüenza!... ¡Cobarde! (Con cada insulto, lanza un platito: total, tres seguidos.)
PEP. Pues si hay que romper, ¡sea! (Se dirige al aparador, y cuanto hay sobre él, lo arroja al suelo. Consuelo huye despavorida por el fondo derecha. La campanilla no cesa de sonar, cada vez más fuerte.)
CON. Sí, rompe, rompe; pero mi madre entra, ¡vaya si entra!
PEP. (Declarándose vencido.) ¡Pues que entre! (Vase por la lateral derecha.)
CON. (Hecha una fiera.) ¡Canalla... bárbaro... asesino!

(Se sienta, y rompe á llorar.) ¡Ay, madrecita de mi alma, de mi vida y de mi corazón! ¡Ay, que desgraciada soy, madrecita mía!

ESCENA VII

CONCHITA y doña ROSA

ROSA. (Que entra por el foro hecha un basilisco) ¿Dónde está el canallota de don Garabato, que me lo como!!

CON. (Abrazándola) ¡Ay, madrecita de mi vida!

ROSA. No me digas una palabra: lo he oído todo. ¿Dónde está ese portento de hombre? ¡Que salga, que salga, que lo araño! ¿Tirarle los platos á mi hija...? ¡A mi hija de mi alma...! ¡Mi vivo retrato!... Y tú ¿no le has tirado ninguno?

CON. (Lloriqueando.) Yo sí... casi todos.

ROSA ¡Bien hecho!

CON. Bueno, vámonos; yo no quiero estar aquí un momento más.

ROSA ¿No te lo decía yo? No te cases con Chícharo verde, que es pariente del verdugo de Granada.

CON. No, eso no me lo has dicho nunca.

ROSA Pues ahora te lo digo, porque lo he averiguado. ¡Verdugo, sí señor, verdugo! ¡¡reteverdugo!!

PEP. (Saliendo de su escondite.) ¡Señora, repórtese usted!

ROSA ¿Que me reporte? (Se arranca para agredirle, y él huye como un loco, volviendo á su habitación.) ¡Salga usted, valiente! ¡Salga usted, don Lápiz! ¡Péguela usted ahora á mi hija!

CON. Y todo porque no quería que entrases tú aquí.

ROSA (Como loca.) ¿Que no quería? ¿Y quién es él? ¡Que lo diga! ¡Que salga! ¡Que salga y lo diga!... ¿Qué pito toca él en esta casa?... ¿Qué papel representa?... ¿Qué ha traído al matri-

monio?... ¡Nada, lo que se encuentra por ahí á cada paso! Por supuesto, que la culpa de todo la tiene el sinvergüenza de don Adelardo, ¡otro pariente del verdugo de Granada!

CON. (Sollozando.) Yo quiero el divorcio.

ROSA Eso por decontado. Sí, hija, sí; y te lo llevas todo, que para eso es tuyo. El que quiera peces, que se moje el codo. ¡Vago, más que vago! ¡Ah, si en vez de casarse contigo se hubiera casado conmigo!

PEP. (Desde su trinchera.) La hubiera metido á usted en una jaula. (Se oculta rápidamente.)

ROSA (Corriendo hacia él.) ¿A mí? ¿A mí en una jaula? Hombre, quisiera verlo. ¡Cobarde! ¿De manera que yo no puedo entrar en esta casa? ¡Pues entro, entro y entro, porque me da la gana, me da la gana y me da la gana!

CON. Usted ya no se va de aquí.

ROSA Eso sí que no. Yo me voy ahora mismo á ver á un abogado para entablar el divorcio.

CON. Y yo me voy con usted.

ROSA No, tú te quedas en tu casa. ¿Lo oye usted, Chícharo verde? ¡En su casa! Conozco á tu marido y sé que es capaz de llevarse hasta el cañón de la chimenea. ¡Ladrón! Ea, me voy; sécate esas lágrimas, hija mía.

CON. (Abrazándola.) Adiós, mamá, que vengas pronto. Yo quiero divociarme esta misma noche.

ROSA Descuida, cielo mío; mañana no estarás ya al lado de ese asesino. ¡Ah! y si se te pone delante, le muerdes y no sueltes hasta traerte el bocado.

PEP. (Asoma la gaita y se oculta inmediatamente.) ¡¡Animal!!

ROSA Adiós, y no llores más. (La besa.)

CON. Adiós, mamita.

ROSA Y ya lo sabes: no dejes de morderle; y si puede ser en la nariz, mejor. (Vase por el foro y Conchita se sienta, gimoteando.)

ESCENA VIII

CONCHITA y PEPITO; al final CONSUELO

PEP. (Sale de su encierro, y muy decidido se dirige hacia la puerta del foro, desde donde dice, como dirigiéndose á doña Rosa.) Vaya usted con Dios, perro rabioso.

CON. El perro lo será usted.

PEP. ¿De manera, que no quiere usted vivir conmigo?

CON. No, señor.

PEP. Pues lo que ha de hacerse, prontito. Y no tiene para qué intervenir la justicia. Ahora mismo me marcho para no volver jamás.

CON. Eso quiero.

PEP. Y conste que usted, y sólo usted ha tenido la culpa de esta separación.

CON. El culpable de todo lo que ocurre es usted.

PEP. Yo tengo mi conciencia muy tranquila.

CON. Usted no tiene conciencia.

PEP. Ahí se queda usted con su madre de su alma.

CON. Y estaré mejor que con usted.

PEP. Yo me iré ¡sabe Dios dónde!

CON. A Granada, con su pariente el verdugo.

PEP. Y si averigua usted mi paradero, no me escriba usted, porque rompería las cartas sin abrirlas.

CON. Descuide usted.

PEP. Ni me envíe usted postalitas, como hacía cuando regañábamos de novios.

CON. Se las enviaba, porque sabía que era usted coleccionista. ¡Desagradecido!

PEP. Lo único que recibiré con gusto será la esquela mortuoria de su señora madre: no quiero faltar á su entierro.

CON. (Con ironía.) Muchas gracias.

PEP. Conque, ya lo sabe usted: entre nosotros ha terminado todo.

CON. ¡Todo!

PEP. Y, sépalo usted: me voy para siempre, y nada me hará volver á esta casa.

CON. Hace usted bien, porque yo no le dejaría entrar.

PEP. Unicamente volvería, si de nuestra unión resultase algún fruto. Entonces vendría á recogerlo. No quiero que sepa quien es su madre, y sobre todo quién es su abuela.

CON. No se moleste ústed. El niño no se separará de mi lado.

PEP. El niño me lo llevo yo, que para eso es mío.

CON. (Sin darse cuenta de lo que dice.) ¡Qué ha de ser de usted!

PEP. (Tomándolo por donde quema.) Señora, ¿que está usted diciendo?

CON. ¡Que el niño es mío, y solo mío!

PEP. ¡A ver; explíquese usted!

CON. No tengo que dar explicaciones. (Breve pausa.) ¡Pobre hijo mío! (Lloriquea.) ¡Qué desgraciado vas á ser!... ¡con un padre tan sinvergüenza!

PEP. ¡Señora, al niño no le diga usted esas cosas!

CON. ¡Angelito mío!... ¡Si no fuera por su madre!...

PEP. ¡¡Señora!!

CON. ¡Hijo de mis entrañas! (Rompe á llorar amargagamente. Pepito pasea nervioso.) Tú no te apures, corazón: de mi lado no te separará nadie.

PEP. ¡Señora... ya le he dicho á usted que el niño me lo llevo yo, y va á ser ahora mismo!... ¡ahora mismo! (Cayendo en la cuenta de que lo que está diciendo es un imposible.) Bueno, ahora mismo, no; lo dejaré para cuando nazca.

CON. Sí nace; porque con lo que yo estoy sufriendo, ¡sabe Dios lo que pasará!

PEP. Usted sufre porque á usted le da la gana.

CON. Porque usted me hace sufrir.

PEP. Si su madre de usted se hubiese quedado en su casita...

CON. Yo quiero que mi madre venga á verme, aun cuado sólo sea de tarde en tarde.

PEP. Bueno; para que veas quien soy yo. Tu madre vendrá á visitarnos una vez todos los meses, cuando yo no esté en casa.

CON. (Calmándose.) Ya eso es otra cosa.

PEP. Ea, pues aquí no ha pasado nada. Límpiate esas lágrimas, y á la mesa, que nos faltan los postres. ¡Anda, monina!

CON. ¡Ay, Pepito que mal rato he pasado!

PEP. ¿Quién se acuerda ya de eso? (La coge de un brazo, y haciéndole mimos, la lleva á la mesa.) ¡Anda! Toma este pastelillo; es de fresa.

CON. (Le da un mordisco.) La mitad para tí.

PEP. (Se come el medio pastelillo.) ¡Riquísimo!

CON. ¿Me perdonas, Pepito?

PEP. Sí, rica; yo haré siempre lo que tú quieras.

CON. Y yo lo que tú me mandes.

PEP. Hasta que venga un Pepito chiquirritín, y hagamos lo que á él se le antoje.

CON. ¡Qué cosas dices! Pues no corres tú nada.

PEP. Tienes razón; á los seis días de casados, es prematuro hablar de estas cosas.

CON. (Con encantadora ingenuidad.) No, eso no; Lolita Trujillo se casó pocos días antes que nosotros, y dice que tiene la seguridad de que va á tener un hijo sietemesino.

PEP. Anda, pues eso no es nada; la lavandera de mi casa, cuando se casó, tenía ya tres hijos.

CON. Sería viuda.

PEP. No; era otra cosa. (Transición.) Anda, toma este pastelillo.

CON. No; ya no quiero más. Dame los picos de las roscas.

PEP. ¿Las suegras...? Oye, pues me las he comido.

CON. ¿Que te las has comido? ¡Sabiendo que me gustan tanto!

PEP. Hija, no me he dado cuenta.

CON. Te las has comido con mala idea. Dijiste... ¿suegras? ¡pues al buche!

PEP. Te juro que ha sido una distracción.

CON. (Subiendo de tono.) ¡Distracción... distracción! Lo has hecho para tener motivo de reñir otro poquito.

PEP. ¡Qué cosas dices!

CON. Sí, sí; pero te advierto que si quieres reñir, por mí no ha de quedar.

PEP. Pero mujer... ¡por dos suegras!

CON. Por eso te las has comido: porque son suegras.

PEP. (Malhumorado.) Me las he comido porque es pan, y sobre todo porque me ha dado la gana.

CON. ¡Descarado! ¡Sinvergüenza!

PEP. ¡Víbora!

CON. ¡Canalla! ¡Verdugo!

PEP. ¡Doña Salivilla!

CON. ¡Chícharo verde! (Suena la campanilla.)

PEP. Ahí tiene usted ya á su madre.

CON. ¡Ojalá!

PEP. Pues de aquí no me muevo. (Se sienta.)

CONS. (Sale por el foro izquierda.) Señoritos, están llamando.

PEP. Ya lo hemos oído.

CONS. ¿Qué hago? ¿abro ó no abro?

CON. Si es mi madre, abra usted.

PEP. Sí, señora; abra usted, aunque sea la madre de la señorita. Y tenga usted cuidado no le vaya á morder. (Consuelo vase por el foro derecha.)

CON. ¡Mal educado! Me parece mentira que me voy á separar de usted.

PEP. Al que le parece mentira, es á mí. El buey suelto, bien se lame.

CON. Eso es usted: ¡un buey!

PEP. ¡Señoraa! (Ruge materialmente.)

CON. (Muy despreciativamente.) ¡Ah!

PEP. (En el mismo tono.) ¡Ah! (Ambos vuelven las sillas y quedan sentados, dándose las espaldas mutuamente.)

ESCENA IX

DICHOS y DON ADELARDO

ADEL. (Dentro.) ¡Oh, mi parejita feliz! ¿Dónde están los tórtolos? Desde allá abajo se oyen los arrullos. (Sale por el foro, seguido de Consuelo, y queda estupefacto.) ¡Caracoles!

PEP. ¡Toma arrullos!

ADEL. ¿Pero qué es esto?

CON. (Llorando.) Yo quiero que venga mi madre en seguida.

PEP. Que venga; que me va á oir.

ADEL. ¡Válgame Dios, Conchita! pero, ¿qué pasa?

CON. Que se lo cuente á usted Pepito.
ADEL. Vamos á ver, Pepito...
PEP. Que se lo cuente á usted Conchita.
ADEL. Consuelo, hija, cuéntamelo tú.
CONS (Sin saber qué decir.) Yo...
ADEL. ¿Pero qué, tú no has oído nada? ¿no sabes nada?
CONS Sí, señor; pero no sé si debo...
ADEL. Dime lo que sepas.
CONS. Pues los señoritos han reñido por *las suegras*.
ADEL. ¡Ya me lo temía yo!
CONS. Por *las suegras* de las roscas.
ADEL. (Riéndose.) ¿De las roscas?
CON. Sí, señor; que á mí me gustan con delirios
PEP. Y me las he comido yo, ¡yo, yo!
ADEL. (Con sorna.) ¡Ah, pues eso es muy grave! El divorcio se impone.
CON. Sí, señor; se impone. Pepito se ha comido los picos de las roscas, en símbolo.
ADEL. ¡Caramba! Eso sí que es grave.
CON. Con las mismas ganas que si se comiera á mi madre.
PEP. ¡Ojalá!
CON. Antropófago.
ADEL. A ver si callais. (Conchita y Pepito callan, no sin antes hacerse mutuos mohines de desprecio. Don Adelardo se dirige á Pepito.) ¿Tú te has comido los picos de las roscas en símbolo?
PEP. No, señor.
CON. Sí, señor.
PEP. Pues ¡sí, señor!
ADEL. Es la primera vez que he visto comer con doble sentido. Pero ¡qué diablo! todo tiene arreglo.
CON. Esto no lo tiene.
ADEL. Usted se calla, niña. Y tú, Pepito, (Levantándolo de la silla.) anda á contentar á tu mujercita.
CON. Que no venga.
ADEL. Que te calles. Y tú, Pepito, abraza á tu mujer. (Empuja á Pepito hacia donde está Conchita.)
PEP. ¡Don Adelardo, por Dios!...
ADEL. He dicho que os abracéis. Conque á obede-

cerme. (Los une y hace que se abracen.) Así quiero veros siempre.

CON. ¡Siempre!

PEP. ¡Siempre!

ADEL. Y miren ustedes lo que os traigo. (Les enseña un billete de teatro.) Para la Opera.

PEP. ¡La ópera; con lo que le gusta á Conchita! (Suena la campanilla, y Consuelo vase á abrir.)

CON. ¡Qué bueno es usted!

PEP. ¡Buenísimo!

ADEL. Conque daros otro estrujoncito, y á vestirse para el teatro. (Se abrazan nuevamente.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DOÑA ROSA, que entra por el foro muy sofocada

ROSA Todo arreglado, mañana se entabla el divorcio y que se vaya al cuerno el sinvergüenza de Chícharo verde.

ADEL. ¿Qué dice usted, señora?

ROSA ¡Ah! ¿Pero está usted aquí?

ADEL. Eso parece.

ROSA ¿Habrá usted venido á arreglarlos? Pues se equivoca usted; mi hija se viene conmigo.

ADEL. O no se va.

PEP. Eso; ¡ó no se va!

ROSA ¡Cállese usted!

PEP. No me da la gana.

ROSA ¿Qué dice usted?

PEP. ¡Que no me da la gana!

ROSA (A don Adelardo.) ¿Oye usted lo que dice el muy sinvergüenza?

ADEL Sí, señora; que no le da la gana.

ROSA Y tú, hija mía, ¿qué dices?

CON. Que Pepito no es tan malo como tú te figuras.

ROSA ¡Ay, Dios mío! A mi hija la ha embrujado dándole á beber alguna cosa mala. Por supuesto, que usted tiene la culpa. (Por don Adelardo.) Usted habrá sido el que ha preparado el bebedizo. Se lo diré al juez para que lo ahorquen.

ADEL. ¡Señora... usted está loca!

CON. No, mamá; es que ya puedes venir á verme cuando quieras.

ROSA ¿Yo entrar en esta casa? ¡Jamás, jamás y jamás!

PEP. Mejor.

ROSA ¿Mejor? Pues entraré todos los días siete veces.

ADEL. Hasta que se aburra usted. Porque yo no los dejo de la mano. Y se van á querer con alma y vida.

PEP. Eso es; ¿verdad, Conchita? (Don Adelardo empuja a Conchita, y ésta cae en brazos de Pepito.)

CON. ¡¡Sí, Pepito; con alma y vida!!

ROSA ¡Ay, á mí me va á dar algo! ¡Agua! ¡Ay, que me da, que me da! ¡¡Vinagre!! ¡Ay, ay, ay! (Cae desplomada en una silla, presa de una ridícula pataleta.)

ADEL. Que le dió.

PEP. ¡Qué bien se está así!

CON. ¡Qué bien!

ADEL. (Muy regocijado.) Este es mi ideal: la suegra reventando de rabia, y los esposos reventando de alegría. (Se acerca á los esposos, que no se dan cuenta de nada.) ¿Sois felices?

CON.
PEP } ¡Muy felices!

ADEL.

Pues si queréis que no acabe
tan dulce felicidad,
que no entre aquí una suegra
¡ni en el canasto del pan!

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE FRANCISCO DE TORRES

El curita, juguete cómico en prosa.
Nube de verano, entremés en prosa.
... *Se le gratificará*, diálogo en prosa.
Fonocromofotograf, revista. Música del maestro Fuentes.
Certamen de bellezas, apropósito para tiples cómicas. Música del maestro Fuentes.
Dos palabras, monólogo en verso.
La capa, entremés en prosa.
El tres de Mayo, sainete lírico. Música del maestro Castillo.
Cuadros al fresco, revista. Música del maestro Giménez.
El campeón, zarzuela cómica. Música del maestro Fuentes.
La boca del León, entremés en prosa.
El amigo del alma, humorada lírica. Música de los maestros Giménez y Vives.
La ola verde, revista satírica. Música de los maestros Valverde (hijo) y Calleja.
La chanteuse, zarzuela cómica. Música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrosa.
Las suegras, juguete cómico en prosa.

Precio: UNA peseta